

Manos enguantadas



Marcos Fernández

Índice

Agradecimientos	2
Capítulo 1	3
Capítulo 2	6
Capítulo 3	8
Capítulo 4	10
Capítulo 5	13
Capítulo 6	15
Capítulo 7	19
Capítulo 8	21
Capítulo 9	22

Agradecimientos

Nunca me han gustado los agradecimientos en los libros, a pesar de lo cual nunca he podido dejar de leérmelos. Si el autor ha dedicado un tiempo a escribirlos, es porque para él tenían una significación importante.

Ahora que estoy escribiendo, comienzo a entender la motivación de los escritores (y eso que lo mío es una pequeña historia y la escribo por hobby). Sentirte apoyado, que lo que haces le importa a alguien más y no sólo a ti, los ánimos recibidos; todo eso hay que agradecerlo.

En primer lugar, gracias a mis compañeros del *Taller d'Esriptura Creativa* de la Casa Orlandai, en especial a la profesora, Gina, por el ambiente de trabajo, las críticas y las aportaciones.

Gracias también a todos los que habéis dedicado un rato de vuestro tiempo a leeros los desvaríos del que esto escribe y me habéis comentado algo, en persona, por whatsapp o con un simple Like en Facebook. No sabéis el subidón que da saber que alguien aprecia lo que haces.

Marcos Fernández,

en algún lugar, en muchos momentos

Capítulo 1

Fue la víspera de Sant Joan de 2006 cuando decidí que no iba a permitir que su destino la alcanzara.

Mi vida había sido muy tranquila, casi idílica, hasta el día del accidente. Mi familia era la propietaria de la administración de lotería del centro de esta pequeña ciudad vallesana y nunca me faltó de nada. Decían que era un chico inteligente, simpático, razonablemente atractivo. Mis resultados académicos eran buenos y saber que tenía el respaldo familiar, tanto en lo económico como en mi aspiración de dedicarme a la arquitectura, me proporcionaban mucha calma para afrontar el futuro.

Pero aquel lejano día de verano, todo cambió.

Eran unas vacaciones normales de jóvenes pudientes de principios de los 90, en la época de la *Ruta del Bakalao*. El descontrol como norma habitual. Noches de fiesta, prostitutas, alcohol y drogas por doquier. Días de playa y deportes de riesgo. Hasta que dos motos de agua chocaron frontalmente mientras hacían locuras y me quedé bajo el agua, inconsciente. Sólo fueron unos minutos y los voluntarios de la Cruz Roja consiguieron reanimarme en la misma orilla. Me llevaron al hospital y todas las pruebas salieron correctas, aunque a partir de entonces empezaron las visiones.

Y mi vida no volvió a ser igual.

Por suerte no me pasaba cada vez que tocaba a alguien, como descubrí con el tiempo. Mi mano debía estar en contacto con la mano de la otra persona y tenía que ser en un momento en que estuviera nervioso o alterado. Además esas premoniciones sólo mostraban escenas horribles en las que la otra persona moría de manera brusca. Nunca una muerte apacible o por causas naturales. Sólo accidentes o crímenes.

La primera vez fue Jordi, mi mejor amigo, en un día que salimos de fiesta, poco después del accidente. Estuvimos a punto de meternos en una pelea, como tantas otras veces, y, al sujetar a Jordi para retenerlo, recibí la primera visión.

Jordi está haciendo curvas en la Rabassada en su Peugeot 205 GTI. Sale de la curva del mirador muy abierto, ocupando parte del otro carril, por donde viene un camión de reparto. Intenta corregir la trazada, sólo para conseguir que el coche se cruce justo antes de que el camión le impacte directamente en la puerta del conductor. Noto el pánico justo antes del impacto, huele la gasolina derramada, siento la angustia de Jordi mientras la vida se le escapa entre los restos de acero del coche.

Transcurrió bastante tiempo y fui olvidándome de aquella funesta visión. Pasaba más tiempo en casa y menos con los amigos, pero unos meses después me llamaron por teléfono para decirme que Jordi había tenido un accidente en la Rabassada, justo como había presentido al tocarle aquel día. Mientras asistía a su entierro, no pude dejar de pensar si podía haber hecho algo para evitarlo.

Y por desgracia no fue la única vez que pensé en ello, porque las visiones se fueron repitiendo con el paso de los meses. Cada vez era distinta a la anterior; a veces pasaban días, semanas sin que ocurriera nada. Unas veces era más vívido o pasaba como un suspiro.

Pero el resultado final siempre era el mismo.

Esa fue la razón de mi renuncia definitiva a estudios y amigos. Me refugié en casa, en el ejercicio físico y en la meditación, para evitar alterarme en la medida de lo posible. No era sólo la sensación de impotencia de saber qué iba a ocurrir. A pesar de que pensaba en esos sucesos como visiones, experimentaba esas sensaciones, la agonía de cada una de las muertes. Y era algo que me llevaba hasta el límite de mis fuerzas.

El negocio familiar me permitía seguir teniendo algo de trato con la gente, separados por un cristal antirrobo. Decidí usar guantes a diario, con la excusa de que el dinero lo tocaba mucha gente, y me acostumbré a llevarlos desde por la mañana a la noche. Era un alivio cuando podía quitármelos, en la intimidad del hogar, y experimentar las sensaciones táctiles que debía evitar durante casi todo el día. O cuando me arriesgaba a salir de madrugada con las manos desnudas por las calles vacías, tocando las paredes, los bancos o las farolas. Echaba de menos el contacto humano, pero fui acostumbrándome. Los guantes, de diferentes colores y tejidos, unidos a mi aparente calma e imperturbabilidad me granjearon fama de hipocondriaco y snob. Algo que no me molestaba, pues evitaba que la gente se metiera demasiado en mi vida.

Pero aquel caluroso día de junio acababa de abrir la administración, y estaba repasando unos papeles mientras esperaba a los clientes más madrugadores, cuando entró Montse. La atendí solícito como siempre, nervioso como era habitual cuando la veía. Era casi la única persona que conseguía sacarme de esa aparente apatía, con esa sonrisa que iluminaba mi día. Al entregarle el décimo de lotería ella me rozó la mano, quizás intencionadamente, ya que no la llevaba enguantada. Y tuve otra visión, de nuevo horrible. Lo que llevaba años evitando experimentar.

Y no estaba dispuesto a perderla. A ella, no.

Conocía a Montse desde hacía casi veinte años, era clienta habitual y vecina del barrio. Un par de años más joven, su familia se mudó desde Barcelona en la primera oleada que salió hacia el Vallès, cuando yo estaba en el instituto y por eso al principio no le hice mucho caso a la chica delgada de pelos rizados y mirada profunda.

Después tuvimos algo más de trato, cuando se fue volviendo una atractiva morena, aunque algo retraída. Hasta que recibí el don. El maldito don. Y me refugié en una soledad autoimpuesta.

Pasaron los años y nos fuimos haciendo amigos, casi confidentes. Yo asistiendo al desfile de sus malas elecciones en materia de hombres. Ella insistiéndome en que debía relacionarme con la gente; la excusa de mis padres ancianos no funcionaba demasiado contra su insistencia.

Montse era la dueña de una tienda de ropa en la misma calle, en la casa que había sido de sus padres hasta que se volvieron al pueblo. Ella era la presidenta de la Asociación de Comerciantes del Centro y coincidíamos a menudo en las tareas cotidianas del barrio, como hacer la compra. De vez en cuando comíamos juntos en el restaurante familiar de la esquina y habíamos compartido algún café merendando. Pero nunca me había atrevido a confesarle lo que sentía por ella. Unos sentimientos existentes desde hacía muchos años, reprimidos porque me aterraba la idea de que el ansiado momento de tocarla me provocara la aciaga visión de ese temido instante fatídico.

Es de noche y noto el calor de una gran hoguera cercana y los ruidos de una celebración callejera. Montse está riendo con unas amigas y se produce un tumulto. Unos borrachos al lado de ella empiezan a pelearse y uno de ellos es empujado contra Montse, que cae en la hoguera. Siento el dolor en todo el cuerpo, el terrible olor a carne y pelo chamuscado, el calor incapacitante.

-Montse, què fas aquesta nit? De revetlla? – me atreví a preguntarle, cuando recuperé el aliento.

-Segurament, les amigues han quedat per prendre unes copes i anar a la festa del poble.

-Vaja, pensava si t'agradaria sopar amb mi aquesta nit- dije mientras sentía como las mejillas me ardían, pero sin apartar la vista de sus verdes ojos.

-I tant!

~~~~~

Nunca había estado tan nervioso como en el momento en que la cogí de la mano, sin guantes, mientras salíamos aquella noche del restaurante para ir su casa.

Ni tan feliz al sentir, únicamente, el calor de su mano en la mía.

## Capítulo 2

Un desapacible día de otoño fue el escogido por aquellos delincuentes para intentar robar en la administración.

Quizás fue el destino o el azar, pero coincidió que Montse se había quedado más rato hablando conmigo y, aprovechando que el día no invitaba a que la gente saliera de sus casas, dejé la acristalada garita para besarla y abrazarla. Llevábamos casi un mes viviendo juntos, aunque no de forma oficial, y nos pasábamos todo el día como quinceañeros. Cuando estábamos juntos me iba sintiendo cada vez más relajado y, por supuesto, no me ponía los guantes. La excusa de usarlos porque la gente tocaba el dinero no tenía sentido estando a solas con ella.

Ella estaba al lado de la salida cuando entró el hombre. Me pilló por sorpresa, no esperaba que nadie entrara de aquella manera. Y aún más cuando vi el cuchillo que llevaba en la mano, el que apoyó en el cuello de Montse a la vez que gritaba:

-Dame todo el dinero de la caja.

Me quedé petrificado durante un segundo eterno. No podía ser. No podía pasarle nada a Montse. La había tocado la mano en muchas ocasiones, algunas de ellas muy nervioso por su simple presencia y nunca había vuelto a tener ninguna premonición más. ¿Qué había fallado? Nunca había intervenido para cambiar el destino de nadie, quizás sólo tenía una opción y después ya no recibiría más visiones al tocar a esa persona. O puede que el ladrón no le fuera a hacer nada y por eso no había visto nada.

No iba a quedarme quieto a comprobarlo. Era posible que el destino de Montse estuviera ligado al mío, que tuviera que actuar para salvarla. No era un hombre de acción, pero tampoco me iba a quedar quieto sin hacer nada.

-Tranquilo. Coge el dinero, pero no hay mucho, es muy temprano. No le hagas daño- dije mientras abría la puerta de la garita, con las manos en alto para no alarmar al ladrón.

Este apartó a Montse a un lado, miró hacia fuera un momento y entró rápido en la garita a rebuscar en la caja. Estuve tentado de cerrar la garita y llevarme a Montse de allí, pero pensé que debía tener un cómplice en el exterior y preferí no correr riesgos.

Cuando salió con el dinero de la caja, que estaba asegurado, se fijó en el collar de Montse y volvió a dirigirse a ella.

-El collar es una baratija-intervine.- Llévate mi reloj, que es caro, y déjanos en paz.

El delincuente se giró y me sujetó la mano para coger el Tag Heuer que llevaba en la muñeca. La mano que todavía no estaba enguantada. La visión me sacudió tanto

por dentro como exteriormente. Fue extraordinariamente vívida, quizás por la tensión y los nervios que me produjo el peligro que suponía que acechaba a Montse.

Apreté fuerte la mano del hombre y le dije casi al oído:

-Tu mujer y tu cómplice te van a matar esta noche mientras duermes. Te acuchillarán varias veces con el puñal del mango blanco con calaveras, el que tu compañero lleva siempre en la riñonera. Te dejarán que te desangres mientras ellos se ponen a hacer el amor a tu lado y a reírse de ti, por no haberte dado cuenta de nada todos estos años.

Entonces solté la mano del hombre, que me miró con ojos enloquecidos antes de salir corriendo por la puerta y lanzarse encima del hombre que esperaba fuera. El hombre que salía en su visión, el del puñal del mango blanco.

Empezaron a golpearse y a intentar apuñalarse, momento que aproveché para cerrar la puerta de la administración y pulsar el botón de alarma.

-----

Horas después, de vuelta ya de prestar declaración en la comisaría, Montse seguía mirándome con cara de perplejidad. No podía decirle lo que había pasado. Sabía que si le explicaba que tenía el poder de ver el trágico futuro de las personas, la asustaría y la perdería. No supe cómo reaccionar, así que me refugié en mi tradicional silencio, casi apartándola de mi lado. Quería estar seguro de qué había pasado, por qué ahora el don se manifestaba de aquella manera. Debía tener las cosas claras antes de poder explicárselas a ella.



## Capítulo 3

Hacía ya dos semanas que Montse recogió sus cosas y se fue de casa.

Dos semanas de no entender nada, de preguntarme qué había hecho mal; de saber lo que había hecho mal, de entender los motivos de Montse.

Quince días de estar casi recluso en casa, de ser escrupulosamente cuidadoso con las salidas al exterior, para evitar encontrármela por accidente y aumentar el dolor que sentía. O sobre todo para evitarle a ella la incomodidad o causarle más sufrimiento.

Medio mes de un diciembre glacial, asistiendo al espectáculo de las compras navideñas, que aumentaban aún más el frío y la soledad que sentía. Unas navidades que al fin me ilusionaban, pero que ya no iba a poder disfrutar con mi amada.

Me pasó ese tiempo quemando energías en el gimnasio que había ido equipando en la buhardilla cuando empecé a recluirme tras el accidente. Pensando. Y llorando.

Sabía que el desencadenante había sido el intento de robo en la administración, cuando utilicé la premonición para asustar al ladrón que amenazaba a Montse con un cuchillo. La situación la había asustado, mi reacción también y mis negativas a explicarle lo que le había dicho al agresor fueron el detonante.

Qué equivocado estaba en mis pensamientos y conclusiones.

Ya había decidido que debía pasar página, por lo que recogí algunas cosas que Montse se había dejado para devolvérselas. Y saqué la cajita de los recuerdos para guardar las fotos con Montse y el reloj que me regaló para el cumpleaños. En la caja de madera coloreada que estaba medio oculta en lo alto del armario, almacenaba objetos de mis seres queridos o de momentos pasados. Fotografías con los abuelos, postales de viajes, las notas del instituto, un mechón rubio de Laura, una antigua novia.

Pero encima de todo, había una nota manuscrita. En un papel demasiado blanco para haber acusado el paso del tiempo. Un papel que yo no había puesto.

Antes de abrirla ya sabía que era de Montse. Nada más cogerla, mi olfato, que se había ido potenciando con los años al empezar a privarme del sentido del tacto, detectó una evocación al perfume que ella usaba. Un leve aroma floral, suave, igual que ella. Su preciosa caligrafía, de letras apretadas, pequeñas y muy inclinadas me asaltó en cuanto empecé a leer.

*Estimat, no se quant trigaràs a llegir això. Et conec suficient com per saber que fins que no obris la caixa no estaràs preparat per enfrontar-te a la veritat. Una veritat que no podia dir-te a la cara, que no podries entendre.*

*He hagut d'allunyar-me de tu, per què ens farien mal. T'estimo. Des de molt abans del nostre primer petó, aquella nit de Sant Joan. I se que m'estimes. No tinc dubtes. Però no estàs amb mi totalment. Et guardes coses, coses importants, que et desperten a les nits, encara que intentis que no me n'adoni. I jo vull estar amb tu al cent per cent i que tu ho estiguis amb mi. Si no, no és just per cap dels dos.*

*Així que he decidit fer de dolenta i deixar-te, perquè tinguis temps de pensar. Perquè decideixis si vols obrir-te a mi totalment, per que els dos podem entregar-nos plenament.*

*Només espero que no triguís massa i els nostres camins s'hagin separat de forma irreversible*

*Teva, per sempre*

*Montse*

Guardé la caja, sin añadir nada en ella. Mientras bajaba de la habitación me quité pensativamente los guantes y los dejé encima del taquillón de madera, al lado de la entrada. Me sentí desnudo y aliviado a la vez, como hacía años que no me permitía estar.

Salí a la calle, respiré hondo, caminé los sesenta metros que me separaban de su casa y piqué a su timbre. Cuando ella abrió la puerta nos miramos un segundo, sin mediar palabra y nos fundimos en un largo e intenso abrazo.

## Capítulo 4

“Un gran poder conlleva una gran responsabilidad”

Jamás imaginé, cuando disfrutaba de la lectura de los cómics de mi superhéroe favorito de la infancia, que algún día entendería realmente el alcance y la profundidad de esa frase. Una frase tan abusada después de las películas de Sam Raimi que casi había perdido su sentido original.

Todo comenzó en un acto local previo a las elecciones municipales de mayo. El ayuntamiento intentaba vender la propuesta de convertir en peatonal una gran parte del centro y para ello organizó una cena en el Casino con los comerciantes y las asociaciones implicadas. Tanto yo como Montse estábamos invitados por tener los negocios en la zona afectada y, siendo mi carismática novia la presidenta de la Asociación de Comerciantes, a pesar de mis dudas iniciales, acabamos asistiendo. Después de nuestra reconciliación antes de Navidad, estaba intentando aprovechar todos los momentos que podía para disfrutar de su compañía, incluyendo abrirme a la interacción social.

Sin guantes.

La cena transcurrió plácidamente, la zona peatonal se iba a implementar sí o sí, como todos sabían. La premonición no me asaltó hasta que no salíamos para irnos.

La tranquilidad y la alegría eran las emociones presentes en mi vida en aquel momento. Era feliz al lado de Montse y había decidido arriesgarme a experimentar la vida sin límites. Sin guantes. Potenciando aún más las prácticas de yoga para mantener la calma en todo momento. Volviendo a disfrutar de las texturas a plena luz del día, notando el frío o el calor directamente, sintiendo la caricia del aire en las manos. Volviendo a tocar a la gente sin miedo.

Me había abierto a Montse y le expliqué el don, el dolor que había sentido, las sensaciones intensas de la muerte de otras personas, el miedo a tocar otras personas. Darme cuenta de que las lágrimas que caían de sus ojos eran de comprensión, de cariño y de aceptación me liberó de un peso tan enorme y profundo que ni había sido consciente de que estaba allí, lastrándome.

En la cena estaba también Antonio Gutiérrez, empresario de éxito de la ciudad. Era el dueño de una fundición de acero, al lado de uno de los barrios que había crecido en los años anteriores, y consiguió una fortuna en una recalificación de terrenos cuanto menos cuestionable. Facha de extrema derecha y anti-catalanista, también era el hermano mayor de mi exnovia del instituto, Laura, y el principal causante de que me dejara al poco de empezar la universidad. Una separación que motivó que me fuera de vacaciones a la Ruta del Bakalao para desconectar con los amigos.

Unas vacaciones que acabaron en un accidente de moto acuática y que me dieron el don.

No tenía intención de saludarle. Sabía que uno de los principales motivos por los que instigó a que su hermana me dejara fueron los escarceos con los partidos independentistas juveniles, frontalmente opuestos a las ideas de Antonio. Ahora hasta era candidato local a las elecciones por *Plataforma per Catalunya*, el partido xenófobo originario de Vic. Pero en el momento de salir se produjo un poco de tumulto, ya que había un grupo de anti-sistemas manifestándose en las puertas del Casino y por azar acabamos zarandeados entre la multitud que intentaba salir. Tendí la mano, nervioso y preocupado, para coger la de Montse, pero no era la de ella la que toqué y activó mi visión.

Es de noche. Se oyen gritos y consignas por todas partes. Antonio está corriendo, perseguido por varias decenas de antifascistas que le lanzan objetos y le acosan. Llega hasta su casa, cierra y sube corriendo al balcón que da a la calle para encararse con sus perseguidores desde una posición más protegida. Cuando comienza a gritar, saltar y aporrear la baranda del pequeño balcón, la pared se desgaja y parte del balcón se precipita al suelo, con Antonio enredado entre el metal, los trozos de vidrio y los cascotes. Siento el miedo del hombre al precipitarse al vacío y el dolor que producen los hierros al perforar carne y órganos. Al final noto el metálico sabor de la sangre en la boca antes de que todo se funda en negro.

Solté la mano casi al momento, sorprendido y asqueado. Antonio me miró durante un segundo antes de volver a ser empujado y acabar al lado de Montse. En aquel momento apareció la policía y los manifestantes se alejaron corriendo, por lo que pudimos salir. Seguramente mi cara mostraba confusión, porque Montse me miró con expresión preocupada, mientras volvíamos para casa. Sabía que no se lo podía ocultar. Tampoco quería hacerlo.

Estuvimos hablando toda la noche. Le expliqué la visión, el resultado del contacto accidental. Había prevista una reunión del partido de Antonio para la semana siguiente, para preparar la campaña electoral. No sabía qué hacer. Cuando usé el don para asustar al ladrón, el día del robo en la administración, fue de forma impulsiva y para salvar a Montse. Pero Antonio era una mala persona, no sólo porque fuera en parte responsable de mi desgracia. Machista confeso, las malas lenguas le acusaban de infidelidad, de maltratar a su mujer, de explotar a sus trabajadores, de ser corrupto. Pero también era un padre responsable: a sus dos hijos nunca les faltó de nada, recibían una buena educación y Antonio les acompañaba a los eventos deportivos.

Hacía años que sabía que este momento podía llegar. Desde el primer momento noté el paralelismo entre mis visiones y las del personaje interpretado por

Christopher Walken en la película de La zona muerta, basada en la novela de Stephen King. Al poco de explicarle a Montse el don, le puse la película una noche, sin explicarle lo que iba a ver. Ella no dijo ni palabra en toda la proyección. Aquella noche mientras hacíamos el amor y le cogía las manos sentí que teníamos una conexión mucho más íntima y profunda.

Los dilemas éticos y morales del protagonista de la obra se hacían ahora mucho más evidentes, eran reales. ¿Me había sido dado el don con el fin de usarlo para salvar a la gente? ¿Debía emplearlo sólo con los que yo quería e ignorar el destino de los demás? ¿Quién era yo para decidir quien tenía derecho o no a la vida?

Montse lo resumió en una frase:

*- Tens aquest do per algun motiu. Però ets tu el que decideixes si el fas servir per deixar un mon més just pels nostres fills.*

Por tanto, siguiendo la estela de buen vecino de la que siempre hacía gala el trepamuros, sí, un gran poder conlleva una gran responsabilidad. El poder para salvar la vida de Antonio Gutiérrez. La responsabilidad de escoger no hacerlo.

## Capítulo 5

Habían pasado ya tres meses desde el accidente de Antonio Gutiérrez que tanto había conmocionado a la población. No por las simpatías que pudiera despertar el empresario (y menos aún el partido al que estaba representando) si no por cómo había sucedido. Yo había evitado leer las noticias o comentarlo con alguno de mis clientes más cotillas. Sabía de primera mano cómo había sucedido.

Esa noche teníamos cena con los padres de Montse, que habían venido de visita unos días. Los conocía desde hacía años, por supuesto, de cuando vivían en el barrio. Pero ahora la situación había cambiado. Ya no era el nieto de *la Dolors*, la de la Administración; ahora era el novio de Montse.

Ella ya había cenado con mis padres en un par de ocasiones, en su casita de las afueras. No solía quedar demasiado a menudo con ellos, aunque hablaba cada semana con mi madre. Eran bastante mayores, ya que fui un niño tardío, sobre todo para la época. Mis padres fueron la envidia de parte de sus vecinos y durante años se dedicaron a viajar por todo el mundo, sin preocuparse del negocio familiar, que regentaba la *iaia*, la verdadera propietaria. Hasta que mi padre tuvo una crisis de identidad o algo similar y se separaron dos años, en los que él estuvo dedicado a la meditación y al estudio del alma, mientras ella se hacía cargo de su madre y de la administración. O eso habían dicho siempre. Después se reencontraron y decidieron vivir de manera más convencional, incluyendo ser padres.

Así que aquella tarde cerré muy puntual y me acerqué a la bodega del centro a comprar una botella de vino tinto, un Gran Reserva de Ribera de Duero del 2001, que ya se habían establecido como los vinos de referencia a nivel estatal. Además, siendo los “suegros” de Burgos, siempre sería un detalle a tener en cuenta. Montse llevaba unos días algo intranquila y despistada, nerviosa por la visita.

La Bodega, uno de los locales emblemáticos del centro, casi centenario, había sido reformada hacía poco tiempo, para adaptarse a las nuevas generaciones y alejarse de la ambientación más rústica anterior. Ahora era todo metal y cristal, con expositores de todo tipo y delicatessen para acompañar a las bebidas. Por suerte, continuaban conservando las cubas de vino que recordaba de cuando venía, aún adolescente, a recoger el vermut que mi padre se tomaba para comer.

Fue allí donde vi por primera vez al hombre del sombrero negro. Era un tipo de mediana edad con bigote. Llamaba la atención porque los sombreros no estaban de moda en aquella época. Apenas los usaban los abuelos cuando iban al campo a cultivar sus huertos de jubilados. Además lo acompañaba de un pañuelo anudado al cuello, como si fuera una bufanda, cuya utilidad descubriría años más tarde.

Pero no habría pasado de una anécdota que comentar en la cena si el hombre no me hubiera abordado mientras escogía el vino.

-Tú eres el hijo de Arnau, ¿verdad?- dijo desde detrás de mí con una voz muy profunda y pausada.

Me giré, sorprendido, y miré al hombre, ahora prestando atención a los detalles. En la cincuentena, llevaba la cabeza afeitada y tenía la piel tostada por el sol. La ropa era prácticamente nueva, aunque el sombrero de tipo fedora tenía las marcas de haber sido usado bastante tiempo y reparado, con una cinta negra nueva alrededor. Sus manos en todo momento en los bolsillos de la americana.

-Sí, mi padre se llama Arnau. ¿Nos conocemos?- pregunté amablemente.

-No, conocí a tu padre. Yo era muy joven y coincidimos cuando hizo su “retiro espiritual”. Tú no habías nacido aún. - Se quedó un momento callado. - Me recuerdas a él, aunque no en lo aparente. En ti se manifiesta más claramente.

-Perdone, pero no le entiendo.

-Ya. Da recuerdos a tu padre de parte de Oliver, de la Cofradía.- dijo mientras se alejaba hacia la puerta.

Me quedé mirándolo, pensativo. Mi padre nunca hablaba de aquellos años y no había oído nada parecido a la Cofradía. Cogí el vino y me dirigí hacia la caja mientras decidía si comentárselo o no en la próxima visita a mis padres. Aquella noche iba a ser para estar a gusto con Montse y sus padres.

Volví a casa rápidamente para ayudar con los preparativos. El hombre del sombrero negro desapareció de mis pensamientos y fue sustituido por lágrimas de alegría en cuanto Montse me dijo que íbamos a ser padres.

## Capítulo 6

La primera quincena de junio de aquel año fue cualquier cosa menos anodina.

El embarazo de Montse fue una sorpresa para la familia y amigos, no exenta de polémica. Aún no hacía ni un año que éramos pareja, por lo que muchos plantearon si no era una decisión precipitada y demasiado prematura. De hecho, no era algo planificado, pero sí un tema que habíamos hablado. Nunca me había hecho ilusiones sobre la paternidad; el don me hizo apartarme de la gente y había dado por hecho que no tendría hijos. Mis padres desistieron de animarme a que me relacionara con la gente al poco tiempo del accidente, pensando que este, junto con la reciente separación de Laura, eran los motivos de mi reclusión. No tardaron mucho en mudarse a la casa en las afueras, por lo que no tuve que aguantar demasiada presión. Pero apareció Montse y ese día de Sant Joan cambió todo. Ella quería ser madre y su felicidad era la cosa más importante del mundo. Después de la reconciliación, en Navidad, hablamos sinceramente de lo que queríamos en nuestra vida en común y decidimos mantener relaciones sexuales sin anticonceptivos, siendo conscientes del posible resultado.

El resultado fue el que vimos ese mismo mes de junio en la primera ecografía, a las doce semanas. Decir que no estaba nervioso sería mentir. Algo en mi interior me decía que no podía ser feliz y que el don haría que el bebé tuviera cuernos o rabo de demonio. Pero la imagen era clara y la ginecóloga, una mujer mayor muy agradable y cariñosa, dijo que todo estaba bien. Era una niña. Gisela. Un nombre que a los dos nos gustaba, ya que yo no era partidario de las sagas nominales familiares.

La ginecóloga del Hospital General era la que visitaba a Montse desde que era adolescente y se iba a ocupar de todo el seguimiento hasta después del parto. Los dos teníamos seguro médico privado, aunque en diferentes compañías, desde hacía muchos años. Las coberturas que prestaba la seguridad social para autónomos y empresarios no era la mejor y la atención sanitaria siempre nos había parecido más adecuada en el ámbito privado. De hecho, el Hospital General, el más cercano, lo era y, al estar asociado con muchas aseguradoras, también era un destino habitual para muchas embarazadas.

Montse llevaba de momento un muy buen embarazo. Se encontraba perfectamente de salud y estaba preciosa. No es sólo que me lo pareciera a mí, que en eso ya había perdido totalmente el criterio. Era una opinión generalizada. Hay mujeres que cuando están embarazadas irradian una sensualidad y una belleza asombrosas. Y era el caso de Montse. Por las tardes mientras paseábamos por el centro, al cerrar las tiendas, aprovechando que se acercaba el solsticio de verano y los días eran más largos, la gente del barrio se acercaba a saludarnos y a felicitarnos. Principalmente a ella, claro, que además de estar preciosa era amable y cariñosa con todo el mundo.



Más de uno se debía preguntar cómo habíamos acabado juntos: el rarito de los guantes y ese encanto de mujer.

Al ser los dos hijos únicos, solteros y casi solterones, ninguno de los futuros abuelos había tenido demasiadas esperanzas de tener nietos a los que malcriar, por lo que estaban encantados con la situación. Aún más cuando admitimos que la idea era, al menos, tener una parejita. Mi madre, que empezaba a tener problemas de salud, había recuperado la ilusión de vivir y estaba súper entretenida ayudando a Montse a preparar el ajuar para la esperada nieta. Los padres de Montse, bastante más jóvenes, empezaron a valorar volverse de Burgos, hasta que su hija les dijo que ni hablar. Se habían vuelto al pueblo para cuidar de su abuelo, muy mayor, y no le iban a traer hasta aquí. El AVE Madrid-Barcelona estaría operativo en breve y ya no sería necesaria la paliza en coche o autobús. Si no, podían perder el miedo a los aviones para ver a su nieta. También fue ella la que zanjó el tema de la boda. De momento no habría. La legislación catalana estaba mucho más avanzada que la del resto de España en los procesos de adecuar la realidad de las parejas de hecho y ella no necesitaba un papel que le dijera que me amaba.

Ese mismo mes recibí una visita inesperada. Laura, mi exnovia de juventud, la hermana del finado Antonio, apareció una mañana por sorpresa en la Administración. Estaba espléndida, como si por ella no hubieran pasado más de quince años y dos embarazos. Seguía vistiendo elegante y sexy, luciendo su fantástica figura, su larga melena casi rubia y sus impresionantes ojos azules, aunque pude percibir una sombra de dolor en ellos.

El entierro de su hermano había sido hacía más de tres meses. Yo, por supuesto no acudí. Mi relación con Antonio era notoriamente mala, por lo que nadie me echaría de menos. Aunque tampoco es que me sintiera culpable. Había decidido no hacer nada para informar de la premonición a Antonio, pero estaba seguro que, de haberlo hecho, sólo habría recibido desprecio y algún comentario hiriente.

Hacía más de diez años que Laura se había casado y se había ido a vivir a Barcelona. Su marido era un abogado de renombre, socio de su hermano y mayor que ella, que la había colmado de regalos y atenciones hasta conquistarla. Pero al parecer él no tenía demasiado interés en las aspiraciones que ella pudiera tener, así que, al poco de nacer su segundo hijo, tuvieron un sonado divorcio del que ella se llevó la mejor parte.

Laura estaba muy simpática y habladora. Había decidido salir de Barcelona y ocuparse de los negocios de su hermano, intentando llevarlos de una manera más humana y menos despótica. Su cuñada era una negada para los números y como parte del divorcio ella se había quedado la parte de la empresa que poseía su exmarido.

Se alegró de que hubiera rehecho mi vida y que fuera a disfrutar de la experiencia de la paternidad. Ella nunca había coincidido con Montse, ya que sus padres tenían una gran casa en las afueras y no les gustaba venir al centro. Además, la fabulosa Laura nunca se habría fijado en una inteligente chica tímida de pelo rizado que prefería estar alejada de la gente de moda. Pero ahora, de golpe, quería conocerla, a Montse, y saberlo todo de su vida. Como si no hubieran pasado tantos años de alejamiento. Como si nunca me hubiera destrozado el corazón.

Le di las excusas que se me ocurrieron, pero no fui demasiado convincente, porque dos días después volvía a tenerla en la administración. De joven algunos amigos me decían que algunas mujeres sólo mostraban interés por los hombres cuando estos tenían pareja, como si de golpe se hubieran dado cuenta que si una chica se había prendado de ese hombre es que tenía algo que ella no había apreciado. Yo nunca había hecho demasiado caso a ese tipo de comentarios y sabía que Laura no era tan superficial. Podía ser encantadora y pasional y a la vez fría y manipuladora.

Le había comentado a Montse la primera visita de Laura, ya que entre nosotros había sinceridad total. Montse sí que sabía quién era ella, la chica popular del instituto, un par de años mayor, que volvía locos a los chicos y por la que sus amigas se dejarían cortar el pelo al cero con tal de integrarse en su grupito de confianza. Mi novia del instituto, a la que envidiaba por eso. La mujer que me dejó y a la que hizo responsable de mi reclusión y el abandono de las relaciones sociales. Hasta que supo del don y los motivos verdaderos. Pero Montse no era rencorosa y conocía a las mujeres mejor que yo, por lo que me dijo que cuando volviera a invitarnos para conocerla, que aceptara sin problemas. Seguramente prefería tenerla controlada, más sabiendo de quien era hermana. La frase de El Padrino, mantener cerca a los amigos, pero aún más cerca a los enemigos.

Laura volvió a insistir, además con una oferta a la que quedaba feo rechazar. En un par de semanas cumplía treinta y cinco años e iba a organizar una fiesta para celebrarlo, así como su vuelta a la ciudad. Iba a reunir a mucha gente de sus antiguas amistades y quería que yo estuviera. Acompañado de Montse, claro. Sabía que no iba a poder escaparme de ese compromiso sin ser descortés. Por otra parte me estaba empezando a dar una especie de morbo al pensar en un enfrentamiento de Montse y Laura por mí. Aunque esa lucha sólo se estuviera produciendo en mi imaginación.

Así que al final cedí. Tres días antes de nuestro aniversario sería la cena de cumpleaños de Laura. Ese fin de semana nos íbamos a ir a un hotel romántico para celebrar el primer año juntos; una sorpresa para Montse, que no se lo esperaba. Cava, rosas, una serenata y los dos solos durante la verbena de Sant Joan. Dentro de poco, tener tiempo para disfrutar de nuestra compañía iba a ser todo un lujo.

Además, a mediados de mes, un día que subí a casa de mis padres, a llevar algunos trastos para liberar la futura habitación de Gisela, escuché a mi padre en el jardín discutiendo acaloradamente con un hombre. Mi padre era de naturaleza muy tranquila, quizás debido a la meditación que hacía a diario o al retiro espiritual que había hecho antes de que yo naciera, por lo que casi nunca le había visto enfadado. Según mi madre, poseía la extraña habilidad de darse cuenta si la gente le mentía. Al menos a mí siempre me había pillado cuando no era sincero.

-No quiero que te acerques a mi familia- oí a mi padre, alterado- No quiero volverte a ver por aquí. Me costó escaparme de la antigua secta y no voy a permitir que os salgáis con la vuestra. Recuerda que sé cuándo me mentís.

-No te estoy mintiendo- dijo uno voz pausada que me resultaba familiar.- Igual no lo sabes o no lo has querido saber, pero en él la potencia es muy intensa cuando se manifiesta. No es algo que esté permanentemente activo y eso ha hecho que no le hayan descubierto todavía. Si yo lo he detectado, ellos lo harán, tarde o temprano. Y no todos tendrán un interés prosaico como nosotros.

-Sal de aquí. No te lo quiero volver a decir.

Al abrirse la puerta de la valla exterior descubrí por qué me sonaba la voz: era el hombre del sombrero negro, el que me había encontrado comprando vino. El tal Oliver, de la Cofradía. Me había olvidado completamente de él con las emociones de las últimas semanas.

El hombre me miró un momento y me dijo una frase que recordaría intensamente:

-Tu padre te debe una explicación. Por tu bien espero que se la pidas.

Se subió a un coche de alquiler que había al otro lado de la acera y arrancó con rapidez.

Me giré para entrar por la puerta pero mi padre estaba allí mirándome:

-*Quanta estona portes aquí?*- preguntó muy serio.

-*No gaire. Només he escoltat les últimes frases. Però a aquest Oliver ja me l'he trobat abans.*

-*Ara no és el moment, la teva mare està a punt d'arribar de casa de la veïna. Suposo que sí que tenim una conversa pendent.*

## Capítulo 7

El siguiente sábado mi madre y Montse fueron a comprar ropa premamá y, de nuevo con la excusa de almacenar cosas en el trastero, fui a ver a mi padre.

Cuando llegué, saqué un par de cajas del maletero del viejo Golf III TDI. El coche tenía 11 años y muy pocos kilómetros reales, pero a la vista de las nuevas responsabilidades quizás era una buena opción cambiarlo por un monovolumen. De todas formas el Golf ya no tenía nada que ver con los pequeños deportivos que me gustaban antes del accidente.

Mi padre estaba esperando en el comedor, con el aire acondicionado puesto y un par de cervezas.

*-Sabia que vindries. Si l'Oliver t'ha trobat suposo que és perquè realment tens alguna capacitat especial. No ets l'únic de la família. Per què creus que sempre enxampo les mentides?*

Me quedé un momento pensativo mientras comenzó a explicarme las partes de su vida que nadie conocía. Siempre había sabido cuando le mentían, de forma natural al principio, pero con el tiempo se fue volviendo más evidente. Un tono metálico en la voz del que hablaba en el momento en que mentían, que ya no podía achacar a las expresiones faciales o al lenguaje no verbal. Incluso por teléfono, cuando no podía ver a su interlocutor. Y al final hasta en texto escrito: las palabras que formaban la mentira parecían brillar una fracción de segundo.

Coincidió con el momento en que las ciencias ocultas estaban de moda en España, con las apariciones de OVNI's o las cartas de los extraterrestres de UMMO (que luego se demostraron como un fraude) y decidió ponerse en contacto con la recién fundada Sociedad Española De Parapsicología. Resultó que tenían constancia de un grupo de estudio en Toledo que se hacían llamar la Cofradía, dirigido por un doctor francés, Caroux. Después de varias conversaciones telefónicas fue a verlos y se le abrió todo un mundo de nuevas posibilidades.

Había gente con percepción extrasensorial, como él, pero de distintos tipos. Precognición, visión remota, telepatía... y las estudiaban siguiendo el método científico. Su pareja, Nuria, conocía su capacidad y hablaron sobre la posibilidad de que él fuera una temporada a estudiar con ellos. La excusa para todos los demás sería una crisis emocional y su intención de meditar y centrarse. Él le dio a ella libertad para rehacer su vida, si quería, y no esperar a que él volviera; pero ella se negó. Durante dos años se vieron a escondidas, ella usando una amiga de Madrid como excusa para viajar.

El ambiente era muy profesional y aséptico. El doctor y su equipo multidisciplinar intentaban enlazar la probabilidad cuántica con la configuración del cerebro masculino y la mayor cantidad de materia blanca para explicar los dones.

Allí aprendió y perfeccionó mucho su habilidad, sobre todo para evitar que la gente se diera cuenta de que la tenía. Pero al cabo de no demasiado tiempo, empezó a darse cuenta que la mayoría de los nuevos estudiantes eran sometidos a un proceso de mentalización, como una secta, y se distanciaban de sus familias para dedicarse a la Cofradía. Este adoctrinamiento no era propiciado por el doctor Caroux, si no por su mano derecha, Juan de la Vega, un historiador de León que abogaba por una visión más mística de las habilidades.

Él no estaba por la labor de entrar en los juegos de poder de la Cofradía ni pensaba dejarse seducir por cantos de sirena. Se había asegurado de no dar datos reales al entrar allí y todas las visitas de Nuria fueron en Madrid, así que aprovechando un “permiso familiar” se volvió a casa con ella.

No supo nada de la Cofradía hasta principios de los 90, en que casualmente apareció Oliver Caroux. El hijo del Dr. Caroux tenía quince años cuando él estuvo en la Cofradía y su don era el de detectar las ondas cerebrales asociadas a la activación de las habilidades, pero a corta distancia. Le explicó que su padre había conseguido asociar las habilidades con los estados cuánticos, pero que para entonces de la Vega se había hecho con la mayor parte de la Cofradía y tuvieron que huir a la Costa Brava.

*-Ara explica'm la teva historia. Suposo que el fet que l'Oliver apareguès aquí poc després del teu accident no va ser casualitat. Ni el fet que, ara que tornes a fer una vida menys monacal, hagí retornat.*

Así que sintiendo un gran alivio al poder compartir esas vivencias con alguien que podía entenderme, le expliqué lo que había ocultado a todo el mundo menos a Montse. El accidente, las visiones, las muertes vividas, las elecciones morales. Me vacié completamente y acabé emocionalmente exhausto.

*-Bé. Suposo que si l'Oliver està per aquí, també podria venir algun dels seguidors de la Vega. Així que, potser, la millor opció és que comparteixi amb tu el que vaig aprendre a Toledo.*

*-Sí- añadí.- I no caldrà amagar-nos de les dones, ja que les dues ja saben part de la història. Millor si els hi estalviem la sospita de que els teus antics companys estan per aquí.*

## Capítulo 8

Al día siguiente, domingo, mientras comíamos con mis padres, les explicamos a mi madre y a Montse los dones que teníamos. Cada una de ellas conocía el de su pareja pero ahora ya tenían la visión completa.

Acababa de explicar mis visiones sentados en el sofá tomando un café y mi madre cogió mi mano desnuda entre las suyas. Llevaba desde el momento en que comenzaron las explicaciones mirándome con una cara que me costaba entender, entre apenada y aliviada. Yo estaba tranquilo por lo que tampoco me sorprendió no recibir ninguna visión. En ese momento Montse cogió mi otra mano y lo que sucedió a continuación me dejó casi sin respiración.

Es un soleado día primaveral. En una habitación infantil, su madre y Montse están arreglando el vestido de comunión de una niña morena de ojos verdes. Su madre está muy mayor, bastante encorvada pero alegre. Montse tiene el largo pelo rizado de color gris, combinando sus canas con un baño de color. Sabe que la niña es Gisela, su hija, y no sólo por su enorme parecido con Montse. Están diciendo a la niña que tiene que estar contenta, que es un gran día y que tiene suerte de que está bien toda la familia. Aprecia una mirada de alivio entre las dos mujeres, como si se hubieran liberado recientemente de una gran tensión. Entra su padre, muy avejentado, con un niño de dos años en brazos. Gisela pregunta de forma inocente si ahora que papá ha vuelto a casa los hombres malos ya no volverán a molestarles. Montse abraza a la niña y entre lágrimas le dice que ahora estará todo bien.

Solté las manos de Montse y mi madre como si me hubieran dado una descarga eléctrica. Ante la mirada de extrañeza que me dedicaron los tres les expliqué la premonición. Era la primera vez que recibía una visión que no acababa de forma trágica. Además, había podido obtener mucha más información, recordaba las conversaciones con precisión. No estaba nervioso o alterado cuando me cogieron las manos como en las otras ocasiones. No podía ser por el embarazo de Montse, ya que íbamos siempre cogidos de la mano. Volví a coger la mano de mi madre y la de Montse, pero no ocurrió nada. El momento había pasado.

Al final, la conclusión pareció evidente. Debía empezar a entrenar con mi padre. De inmediato. Quizás con la práctica las visiones se harían más precisas o abarcarían otros ámbitos, no solo las desgracias. Y saber quiénes eran esos “hombre malos” a los que se refería la niña tenía que ser una prioridad absoluta.

## Capítulo 9

Aquella misma semana comencé a entrenarme. Cada mediodía, mi padre llegó con la comida que nos había preparado mi madre para que pudiéramos aprovechar al máximo el tiempo disponible. Montse se quedaba en nuestra habitación mientras mi padre y yo comenzábamos a meditar en la buhardilla, que era el lugar más tranquilo de la casa. Resultaba algo extraño rebuscar en el subconsciente rodeados de mancuernas y máquinas de fitness, pero el gimnasio que equipé en esa zona ya había sido testigo de mi etapa de aislamiento voluntario.

La primera fase del entrenamiento que diseñó mi padre, basándose en los métodos que utilizaban en la Cofradía, consistía básicamente en meditar, explorar el subconsciente y los recuerdos de mis premoniciones. Debía empezar con las más recientes, que son de las que más detalles recordaría y podría analizar. Mi padre nunca acabó de entender que no eran visiones, que la sensación era como si efectivamente estuviera presente. Excepto en la última, en todas las demás experimentaba el dolor y las sensaciones de las personas en las que me “integraba”.

De hecho, esa última experiencia me estuvo dando mucho que pensar. La duda era hasta qué punto podía hacer caso a mis visiones, ahora que parecía que mis actos podían alterar la realidad futura. ¿Evité que Montse cayera en la hoguera al invitarla a cenar? ¿Y en el caso del atracador? ¿Cómo saber si mis acciones tuvieron algo que ver? En los casos en los que no hice nada se habían cumplido los funestos destinos, incluyendo el del hermano de Laura. Así que lo más lógico era pensar que, si yo actuaba, el resultado podía ser diferente a la premonición. Quizás esta vez era como una especie de advertencia para que me preparara. Pero ¿cómo actuar en ese caso? La línea de acción era difusa, podía hacer o no hacer tantas cosas...

Los “hombres malos” a los que se referiría mi hija Gisela podían ser los seguidores de la Vega u otras personas, pero tenía que estar preparado. Aunque siempre había sido un fiel defensor de la no violencia, la situación había dado un brusco giro. Tenía responsabilidades: Montse, mis padres, mis hijos no nacidos (pero que ya había visto y a los que no estaba dispuesto a renunciar). Así que decidí acercarme a la armería para enterarme de los pasos para conseguir un arma de fuego. También era el momento de dejar el gimnasio de la buhardilla y apuntarme a clases de algún tipo de arte marcial o de autodefensa. De todas formas, tenía que ser discreto, tampoco era cuestión de llamar la atención. Lo más difícil, por supuesto, convencer a Montse de tener un arma en la casa, aunque estuviera en la caja fuerte de la Administración.

Así pues, me pasé algunos días examinando esa visión, la de Gisela en su comunión, para intentar extraer toda la información que fuera posible. Recordar las palabras y el tono, las miradas, la ropa, la decoración de la habitación. Había sido una escena muy relajada y clara, no como las anteriores, en las que había ruido, movimiento, nervios. Y dolor, mucho dolor.

Aquella semana también fue intensa por otros motivos. El fin de semana era nuestro primer aniversario y nos íbamos de escapada romántica, pero antes estaba la fiesta de cumpleaños de Laura. Montse se ocupó de comprarle un detalle que llevar, por lo que tuve tiempo para el entrenamiento, las gestiones de mejora de nuestra protección y recoger el regalo de aniversario, que había encargado hacía más de un mes. La verdad es que fue un alivio. Nunca he sido demasiado bueno a la hora de escoger regalos y eso que aprendí a fijarme en las cosas que les gustan a las personas que aprecio. Viéndolo en perspectiva, también pudo ser la forma que Montse usó para marcarle el territorio a Laura, para que se diera cuenta de que no tenía sentido entrar a jugar porque ella ya había ganado.

La antigua casa familiar de los Gutiérrez estaba llena de gente. Las calles de alrededor no habían tenido tantos coches aparcados en años. Antonio, el hermano de Laura, se había hecho construir una casa más moderna y céntrica, más acorde a sus intereses políticos, aprovechando la recalificación de terrenos que le había hecho aún más rico y en la que vivía su viuda. Al volver Laura de Barcelona, había reacondicionado la casa, para ella y sus hijos. Yo no tenía un gran recuerdo de la propiedad, puesto que, de novio, sólo la había visitado un par de veces, aprovechando que se quedaba vacía por vacaciones. Pero había que reconocer el gusto innegable que tenía para la decoración y para epatar a los visitantes.

La cena era más elegante que informal, por lo que Montse me hizo ponerme el traje que me compró unos meses antes, ya que ahora que volvía a tener vida social debería vestirme como una persona. Irónicamente era el mismo que llevaba en la cena de mi encuentro con Antonio. Montse estaba impresionante, el embarazo apenas se insinuaba y se había puesto un vestido de noche del mismo verde que sus ojos, con los rizos negros destacando en la descubierta espalda. Entramos cogidos del brazo por el pequeño jardín delantero, donde Laura estaba recibiendo a los visitantes.

La anfitriona estaba espectacular, en todo su esplendor. Un vestido de fiesta, largo hasta los pies, entallado como un guante, de color rojo, hacía destacar todavía más la blancura de su piel y el dorado de su larga melena. Sus ojos azules brillaban intensamente mientras sonreía divertida y alegre. Cuando no saludó creí percibir durante un pequeño instante el cruce de miradas entre Montse y Laura, como si fueran dos sables láser midiéndose las distancias. Fue algo tan rápido que lo achagué a mi desbordada imaginación. Aún seguía con la fantasía de que las dos estaban de alguna manera compitiendo por mí. Podía entender, y me encantaba, que Montse quisiera demostrarle que yo la había escogido a ella y que no se iba a dejar amilanar, pero la actitud de Laura me desconcertaba, sobre todo partiendo de la base de que nunca había entendido que vio en mí cuando éramos jóvenes. Yo siempre había sido una persona muy consciente de mis propias limitaciones y



defectos y, sólo en los últimos tiempos, la constante influencia de Montse había estado ayudándome a aumentar mi autoestima.

Por lo demás, la fiesta transcurrió animada y entretenida. Debíamos ser unas cincuenta personas, muchas de ellas conocidos de juventud, repartidas entre el gran salón y el jardín trasero, lleno de mesas y sofás para la ocasión. Montse no se despegó de mí en casi ningún momento, interactuando con varios de los invitados, pero siempre abrazada a mí o cogida de mi mano. Laura vino en algunas ocasiones a charlar con nosotros y creí volver a percibir esa competencia entre las dos, como si estuvieran intentando demostrar a la otra que eran más guapas y simpáticas.

Llegó el momento de entregarle el regalo, que yo no había visto aún, unos preciosos pendientes de oro rosado con dos grandes cristales del mismo color que sus ojos. La frase con que Montse lo acompañó me hizo dudar de si su enfrentamiento sólo estaba en mis fantasías:

- *Espero que t'agradi. Segur que accentuen els teus ulls blaus. Els he triat jo, ja que ell té moltes virtuts, però en temes de moda no es defensa gaire. Per sort si que ha tingut molt bon ull en escollir dona.*